



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO LXIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12901

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 11 DE NOVIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oudinot, 61; y J. Jones, Faidherg-Montmartre, 51.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

37 AÑOS DE EXPERIENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Dirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA Caballos 15

Como se temía

La discusión comenzada en el Congreso, del proyecto del señor Villaverde, ha sido el más completo de los días. Parecía que ahora iba de varas, pero ya tan de broma como antes.

Maura no lo acepta. El gobierno tampoco. La mayoría, si llegara la ocasión de votar, lo haría con el gobierno.

De qué le ha servido a Villaverde esperar tanto? Qué ha sacado el Job de la política de su larga espera? Menos que el negro de la cabeza caliente, el marqués de Pozo Rubio sacará helados la cabeza y los pies.

Lo peor no es que el gobierno anuncie que el proyecto no le gusta y tiene decidido no aceptarlo, ni que haga del asunto cuestión de gabinete, sino que las oposiciones no quieren discutirlo, con lo cual no va a quedar a Villaverde ni el consuelo de que se haga pública su obra para que la juzgue la opinión.

En realidad el gobierno no venía obligado a aceptarla. Tan no estaba obligado, que el ministro de Hacienda tiene presentado a las Cortes un proyecto sobre el mismo asunto. Su compromiso era ponerlo a discusión y llegar hasta el fin; pero tan cercano ha estado éste, por ahora, que no ha ido más allá de la última palabra dicha por

el interesado en defensa de su proyecto.

El primer turno en contra no ha habido quien lo quiera. Le tenía pedido un esminiano liberal y no ha sentido a la polémica al enterarse de que la discusión no tenía otra finalidad que gastar tiempo: malgastarlo más bien. La mayoría le hace el vacío del silencio y en esas condiciones ni el gobierno falta a lo ofrecido ni el proyecto llegará a ser votado. Le pasará sin duda lo que a aquel gran proyecto de escuadra palmeada por Sivela y echado al foso por el marqués de Pozo Rubio en una sesión célebre. Ni aquel proyecto fue viable, por la oposición de Villaverde, ni el de saneamiento de la moneda lo será, por que le pone el veto el enloquecido ministro de Marina, Sánchez Toca, ministro también en este gabinete.

Así se hace la política en nuestro país. Por caprichos de unos y de otros no se construyen barcos, ni se sana la moneda que hace más falta aún.

«Quien a hierro mata a hierro muere» dirán en los círculos políticos recordando el refrán castellano. Mas por desgracia éste sufre en este caso una muy sensible modificación, porque con esas cosas de los unos y los otros, quien muere a hierro es el país.

TIJERETAZOS

El domingo pasado se hicieron en Barcelona mil trescientas ochenta y cuatro de-

nuencias contra individuos que no observaron dicho día la ley del descanso.

Se conoce que los estancieros están dispuestos a hacerle una evasión.

Para alcalde modolo al de Chella. Recientemente ha dado un ukase prohibiendo la circulación de vecinos por las calles después de las diez de la noche.

Este alcalde es de la misma escuela que aquel otro que, a raíz de un tumulto promovido en su término, publicó un edicto impidiendo la circulación de grupos de más de una persona.

Las elecciones presidenciales de los Estados Unidos no se han hecho en paz. Ha habido unos tiros y varios estacazos que han puesto fuera de combate y del mundo a varios presidentes de secciones.

En todas partes caen habas. Y aunque sea en pequeña cantidad, las cuocen también en los Estados de la Unión.

Porque qué estarían haciendo los referidos presidentes en los momentos en que los malaran?

Rezando no estarían.

Cumpliendo con la ley tampoco.

Preparando algún embrolado ó escamo teando votos... tal vez.

Los aficionados a las corridas de toros están esperanzados en que dé buenos frutos la campaña que están realizando en favor de que queden exentas del descanso dominical las corridas.

Lo creemos, porque es asunto que tiene interesadas todas las voluntades españolas y numerosos capitales.

Esto que parece una razón no lo es si bien se mira.

¿Qué razón hay para que se agrupen tantos miles de hombres pidiendo la celebración en domingo de las fiestas taurinas y no se agrupe número mayor para exigir que baje el pan?

Y no será porque esto no sea más urgente que lo otro.

Cosas del país.

La Escuela Superior de Artes e Industrias de Madrid anuncia un concurso para la provisión de doce plazas de ayudantes meritorios sin sueldo.

¡Vaya unas canonjías!

Y no obstante, habrá quien acuda al llamamiento, solo por tener la esperanza de cobrar de la nómina cuando faltasen un profesor.

Es decir, que por ahora se trata de probar, acudiendo al concurso, quien, por saber más y mejor, tiene derecho a vivir sin comer.

LA VIDA POR EL CZAR

Vassia Tranovitch se ha casado hace tres meses.

Su mujer, Matrena, le ha traído en dote una hermosa junta de bueyes.

La vida en que vive el matrimonio es de Valmis, y como ambas son jóvenes y robustos y no quieren, y se gustan, su vida transcurre dichosa y alegre.

Vassia es poco aficionado a beber vodka, y Matrena tiene gran habilidad para todos los quehaceres domésticos y se lleva la palma para tenderar las viejas chavas con vellones comprados a tanto el pud, y para comprar valenki y atlatkas.

Los saueros no han podido hincar el diente en la isla ni en el campo de Vassia, y los bueyes labran ya la tierra que ha de recibir el dorado trigo que en su seno prospera y se multiplica dando espigas por granos.

Vassia llega un día serio y cojijunto, y no rie cuando Matrena le da los dos sonoros besos de bienvenida.

—¿Qué te pasa, Vassia?

—Que corren por ahí malos vientos. Esta tarde he visto al starosta y me ha dicho que se ha dado orden de movilizar las tropas del gobierno de Tala.

—¿Y qué te importa esto?

—Me importa, porque yo formo parte de estas tropas.

—¡Bah! Irán los soldados; pero no los hombres casados.

—Quiera Dios que no te equivoques. El Czar necesita mucha gente; los diablos japoneses matan a cuantos se los ponen por delante. Primero destrozaron las escuadras; ahora ataquen los ejércitos.

—No seas tonto; ni a ti, ni a Iván Petrovitch, ni a Dossia, ni a Iliá os han de llamar.

Mientras hablaban así, junto a la puerta de la calle pasó el gorodnovoí, fuchondoso como siempre, mirando de pies a cabeza a Vassia desde lo alto de su autoridad. Era el único gendarme de la aldea, y ejercía un despotismo que recordaba en miniatura al del propio Czar ó al del jefe de la tercera sección.

—¿Has visto como nos ha mirado Ale-

xoff? Parece como que nos amenaza con su alce de hoguier polichico. ¿Se habrá alzado?

—Eh, déjate de envidias, y vete a comer. Un vaso de vino es el mejor condimento.

Vassia como, mate y chavre, y góndole la idea que se le había ocurrido.

Pero al día siguiente, al amanecer, el gorodnovoí fuchondoso llamó a la puerta de la isla, y dice a Vassia que a las tres de la tarde el starosta le espera en la taberna.

Vassia se queda más blanco que un papel.

—¿Que le querrá el alcalde?

—Don las dos y media, las tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce.

Vassia se dirige a la taberna.

Allí está ya el starosta, allí va al gorodnovoí que le mira de la cabeza, allí se sientan Iliá, Ivan, Dossia, todos los reponedores casados.

Vassia no se ha equivocado. El Czar necesita que vaya aquel mono recién casado, a montar japonés, a pelear, a jugar al juego, a morir, según todas las probabilidades.

Vassia se abandona de abandonar los cariñosos brazos de Matrena, su campo, sus bueyes tan valientes y ágiles y no ha de empuñar un arma, y hasta a los japoneses, a quienes no odia, a quienes no lo visto jamás, que no le apocan, que no le aborrecen.

El pope, barrigudo, cariloso, de nariz rubicunda y con ojos picarrosos, se bebió el coquito unos vasos de vodka, y luego, inspirado por el alcohol y por todas las fuertes pasiones que su religión le prohíbe sentir, espetó un discurso ó sermón a los rebeldes, cantando las excelencias del amor patrio, del poder del Czar, de la guerra emprendida.

Y al terminar, lanza una voz aguardentosa un «bolsa tedra cranie!» al que sólo contestan de mala gana el starosta y el gorodnovoí.

Vassia da la triste noticia a Matrena.

Ambos lloran, pensando en la separación inmediata, y quizás eterna.

De pronto brilla en los ojos del mozo un relampago de resolución.

No, no sufrirá a las malditas comarcas, no, no matará a sus semejantes y éstos no tendrán ningún motivo para matarle a él, para separarle de Matrena.

Pasará la frontera, Matrena se le reunirá luego.

En una tierra menos castigada y más hospitalaria para los hombres, reanudará su vida dichosa y apacífica.

tiplicaba, como hemos dicho, para satisfacer todas las exigencias.

Pero aquel brutal despotismo era acaso mas aparente que real, porque tan luego como la señora Bernard, ofendida por alguna expresión demasiado acerba del colonio, fijaba en este su mirada dulce y melancólica el marido se callaba y volvía la cabeza como avergonzado.

convidados. Como en Oriente, las mujeres del Perche tenían que reconocer la supremacía absoluta del sexo más fuerte. Casadas ó no, solo podían comer en pie y después que los hombres, como un ave consagrada por el tiempo, que todas las aceptaban sus quejidos.

Madama Bernard, la granjera, parecía versada de larga fecha en las diferentes funciones, y compartía activamente el trabajo de sus dos sirvientas.

Estaba delgada y pálida y su bondadosa fisonomía revelaba algunos pecados secretos. Vestida de la misma tela que su marido, llevaba como todas las paisanas percheronas de aquel tiempo, un coqueño de bayona como los usados en el reinado de Francisco I. Por lo demás, en su exterior nada la distinguía de sus criadas: únicamente en codos estaba algo más blanca, y colgaba de su cuello una cruzcilla de oro, no obstante el peligro que había entonces en dejar ver este signo de religión.

Con su manejo de llaves en la mano, iba sin cesar de la bodega al berno y del berno a la lechería, a fin de que nada faltase a los convidados.

Su marido, hombrecillo vivo, cuya fisonomía colorada y sanguínea revelaba un carácter irascible, la daba sus órdenes con una dureza que habría exasperado a una persona menos paciente; pero ella se mu-



Y vamos a adelantarnos algunos instantes a los viajeros y a penetrar en la alquería del Breuil.

Esta alquería, dependencia principal de un castillo situado un cuarto de legua más adelante, estaba aislada, como la mayor parte de las alquerías reales del Perche.

A excepción de la gran calle de árboles que corría